

Filosofía para niños

Revista Internacional de los Centros Iberoamericanos
de Filosofía para Niños y Niñas y de Filosofia para Crianças

Filosofía, ciudadanía y educación

número 7, 2011

DIRECTOR:

Rodolfo Rezola

EQUIPO DE DIRECCIÓN:

Nuria Fuertes (coordina Redes)
Alma Gallego (Infantil y Primaria)
Juan Carlos Lago (coordina El mundo de FpN)
Carmen Loureiro (coordina Fantástica)
Fran Lozano (Secretario)
Guancho Mateo (Educación no formal)
Jesús Merino (coordina Imaginando personas)
Marta Nogueroles (coordina Atrévete a contar)

EQUIPO DE REDACCIÓN

Fernando Broncano	Eugenio Echeverría	Rafael Lorenzo	Cayetano Salas
Antonio Campillo	Virginia Ferrer	Emilio Martínez	Ángel Salazar
Leslie Cázares	Pablo García Castillo	Tomás Miranda	Chema Sánchez
Esteban Cortijo	Félix García Moriyón	Elena Morilla	Juana Sánchez-Gey
Laura Curbelo	José Manuel Gutiérrez	Amparo Muñoz	Angélica Sátiro
Irene de Puig	Walter Kohan	María Palmero	
Félix Delgado	Mauricio Langon	Alicia Poza	

© De los textos publicados: cada uno de los autores

© De esta edición: Nau Llibres

ILUSTRACIÓN DE PORTADA:

Diego Rezola Piedriz. Los nenes, 2011.
Técnica: Tiza sobre pizarra, 55x55 cm

DISEÑO Y MAQUETACIÓN INTERIORES:

Artes Digitales Nau Llibres

EDITA:

Asociación de filosofía para niños y niñas de la Comunidad Valenciana
Nau Llibres - Edicions Culturals Valencianes, S.A.

IMPRIME:

Publidisa

ISBN: 978-84-7642-840-5

ISSN: 1699-5295

Depósito Legal: SE-9638-2011

Depósito Legal: CS-116-2005

* La revista *Filosofía para niños* no se identifica necesariamente con lo publicado por los autores que son los únicos responsables de sus artículos.

Están permitidas las reproducciones siempre que el autor del texto lo autorice y se explicita el nombre de la revista *Filosofía para niños* como fuente de la publicación.

Este número está dedicado a los anteriores directores
de la revista de FpN por todo su buen hacer:

Félix García Moriyón,
Esteban Cortijo,
Pedro Miguel Rodríguez Ortega
y Chema Sánchez Alcón.

Índice

Carta Editorial

La imaginación docente filosófica
y la ciudadanía 9

Conversando con ...

Walter Kohan..... 15
Mercedes Mónaco y Rodolfo Rezola

Atrévete a contar

Educar para la democracia, educar en
democracia..... 35
Félix García Moriyón

Otra infancia es posible 49
Walter Kohan

Imaginando personas

El diálogo con *los otros* 65
*M^a Ángeles Bermejo Salas, Rafael Guardiola
Iranzo, Juan Jesús Ojeda Abolafia, Antonio
Sánchez Millán*

El ciudadano niño y el ciudadano
adulto 75
Leslie Cázares Aponte

Ciudadanía y cine 81
Irene de Puig

El jardín de las emociones de la
mariquita Juanita (Mandala-juego
creativo)..... 89
Rosa López Alemany

Fantástica

Comunidad de investigación, arte y
ciudadanía..... 101
Carmen Loureiro López

La casa de los invitados 109
Rodolfo Rezola y Diego Rezola Piedriz

El mundo de Fpn

El mundo de Chema..... 123

Carta Editorial

**Pronunciar una palabra es como tocar
una tecla en el piano de la imaginación**

L. Wittgenstein: *Investigaciones filosóficas*

La imaginación docente filosófica y la ciudadanía

Rodolfo Rezola

Estimadas amigas lectoras:

Nosotras, las personas, crecemos en las redes de relaciones que inventamos cada día en nuestra convivencia cotidiana. La interacción en los grupos sociales es el entrenamiento por el cual *protegemos* nuestros estilos de vida (ésos que llenan la ausencia genética de pautas de comportamiento suficientes para mantenernos con vida y que pretenden ocupar la ausencia de respuestas previas y definitivas para el misterio de la vida); pero, precisamente por eso mismo, también puede ser el ejercicio para *transformarlos*, tanto en la medida en que así lo consideremos preferible como con las inesperadas relaciones que no habíamos previsto pero que resultan de sus *efectos colaterales* y de las redes de relaciones que también el caprichoso azar ayuda a hilvanar en el entorno que habitamos.

En este sentido, conservar y crear, seguridad y libertad, respuestas y preguntas... son como los dos extremos que tensan la cuerda del tiempo del arco con el que nos proyectamos, relatándonos con nuestros intereses, valores, necesidades, miedos y sueños ya soñados y por soñar... Y así, las

preguntas de la vida nacen de las lenguas, las creencias y las costumbres de los anteriores que asimilamos, sin apenas darnos cuenta, mientras nos vamos deslizando por los contornos de las geografías que fantasearon. Cuando esos imaginarios nos cuentan que cada respuesta es humana y una propuesta de punto de partida para seguir investigando cómo deseamos que la asociación entre personas juegue a nuestro favor, entonces la *imaginación docente filosófica* puede dedicarse a concebir cómo ofrecer espacios de diálogo para reconocernos mutuamente como novelistas y fabuladores del poema de la humanidad al que contribuimos, como constructores de sentido, con nuestras jugadas de vida, pensando crítica, creativa y cuidadosamente.

Para *hacer ciudadanía*, si es ése el proyecto de vida compartida de nuestra comunidad moral, necesitamos algo más importante que libertad de asociación, partidos políticos, campañas publicitarias, derecho al voto o asignaturas *ad hoc*. Para *hacer ciudadanía*, tenemos que *educar ciudadanos* –como ya nos decían Protá-

goras, Sócrates y Platón-, ya sean adultos o niños, personas capaces de comprender el sentido del mundo del apoyo mutuo heredado por sus anteriores (con el que nos sostenemos los unos a los otros ante el vértigo inconmensurable de la existencia) y de reconducirlo, consensuando o, al menos, escuchando, a través del diálogo, de las buenas razones y de los sentimientos compartidos, cómo podemos reescribir nuestros estilos de vida para que jueguen a favor de la igualdad de oportunidades, de cuántas más personas mejor.

¿Y cómo sabemos cuándo estamos comprendiendo algo...? ¿Cómo sabemos si estamos acompañando el proceso de ciudadanía con los demás? Quizás por aquello para lo que nos sirve, por lo que hacemos y por lo que ellos hacen, por ese nosotros compartido que asume en el otro, en su diferencia y discrepancia, un cierto retorno al desconcierto..., como quería Benedetti (sospecho que para mantener ese incesante deseo de crecimiento personal que nos ayuda a hacer de la propia vida en común un proceso abierto y apasionado de búsqueda).

La actitud filosófica puede contarse como esa actividad en la que nos sentimos, más que meramente invitados, impelidos a extrañarnos del mundo para poder reconsiderarlo, de modo que ese cuestionamiento nos desubica del estilo de juego acríptico del *espíritu camello* de las *personas esponja* y nos empuja hacia el estilo de convivencia del *espíritu niño* –como decía Nietzsche de los *librepensadores* que hacen de la búsqueda de sí mismos una oportunidad de encuentro para vivir por las fronteras, por los intersticios, por los límites del tiempo que es la propia vida presente en la que

fluimos y que ensanchamos e inventamos con nuestras maneras de vivir, que son maneras de convivir.

¿Cuál es, entonces, el tupido tejido de relaciones humanas que deseamos cultivar con la urdimbre de los hilos imantados de la *filosofía*, la *ciudadanía* y la *educación*? Los educadores que deseamos investigar cómo nos hacemos mejores ciudadanos y mejores personas con la imaginación docente filosófica, podemos experimentar en nuestros ámbitos educativos esta hipótesis: *¿no será que nos hacemos mejores personas eligiendo como técnica de comunicación la transformación de los grupos sociales en comunidades de investigadores-narradores que dialogan el sentido de las relaciones humanas...?*

Quizás no todas las técnicas de comunicación en los grupos humanos sean igual de deseables para la continua reconstrucción del estilo de juego del apoyo mutuo entre personas. Puede que algunos usos lingüísticos, como los que dan por sentados los proyectos, intereses y valores de quienes dirigen y controlan las relaciones de poder ya establecidas, contribuyan mejor a sociedades cerradas y a la limitación y jerarquización de los sueños de vida de las personas con su «modelo tribal» –como diría Lipman- y *epistemológico* –como diría yo- de educación. Y puede ser que los usos del «modelo reflexivo» y *narrativo* de educación, los que se interesan por comprender los procesos en los que las personas formamos y conducimos en sociedad los estilos de juego vigentes en la convivencia, sean preferibles para educar ciudadanos y continuar la conversación abierta con la imaginación docente filosófica.

Si lo que deseamos es cultivar el ejercicio de la ciudadanía con la negociación de los significados en el aula, en la cultura y en cualquier asociación entre personas, quizás sea mejor entrenarnos como *librepensadores* en estilos comunicativos creadores de sentido y no en la búsqueda de modelos o arquetipos, *eidós* o formas ya dadas, ante las que de lo que se trata es de repetir, copiar e imitar como *personas esponja*, lo que los líderes y los sacerdotes o metafísicos de la *Verdad*, que ahora es el *Mercado...*, quieren que pensemos y deseemos. La actividad de filosofar sería el ejercicio dialogado de cuestionar las ideas preconcebidas que nos sirve para crear otros mundos posibles... o, al menos, para llegar a concebir que es posible y deseable hacerlo.

Quizás las *comunidades de investigadores o narradores* -con sus condimentos wittgensteinianos, deweyanos, freireanos, lipmanianos, foucaultianos y zapatistas, entre otros- sean el ámbito de juego preferible para nuestro entorno social, aquel en el que aspiramos al discurso cosmopolita de personas cultivándose entre personas. Como ciudadanos del imaginario de democracia que nos han embargado, quizás juegue a nuestro favor cuidar de nuestras fragilidades conversando, en nuestros sueños y teatros cotidianos, la humana medida de lo que separa lo que elegimos como deseable de lo que desechamos, por inconveniente, para nuestra mutua personalización en el juego social cooperativo de reconocimiento mutuo al que quisimos llamar democracia (una palabra ahora secuestrada por esas personas que gobiernan la economía de nuestros mundos para satisfacer sus intereses privados).

A esta manera de entender la educación como un ejercicio de vida; como una aventura; como una mecha que encienda la pasión de la búsqueda que puede significar estar vivos; como una forma de abrazar el mundo, el que inventamos juntos cuando dialogamos, anteriores y aprendices, acerca de las variopintas formas de cuestionar el orden establecido de las cosas y los asuntos humanos; como una de las posibles maneras de reconstruir la humana medida intérprete del mundo y de recrear el sentido de la existencia; a este estilo de comunicación, amiga lectora, estás invitada, para que así, con nuestros mundos e imaginarios docentes, podamos enriquecer este proyecto compartido de comunidades de investigadores-narradores que no conciben la libertad de cada individuo sin la igualdad efectiva de todos para reajustar la convivencia social hacia usos, costumbres y hábitos de asociación que jueguen a favor nuestro abriendo las oportunidades vitales, y aquí hay que insistir hasta la saciedad y más allá, ¡de cuantas más personas... mejor! ¿Vamos a dejar escapar esta ocasión...?

Los textos que te ofrecemos para explorar provisionalmente los ámbitos humanos de la *filosofía, ciudadanía y educación*, son una provocación para que seas tú quien continúes el viaje y reescribas, si así lo deseas, los relatos de Félix, Walter, M^a Ángeles, Rafael, Juan Jesús, Antonio, Leslie, Irene, Rosa, Carmen, Rodolfo, Diego, Chema y Héctor.

Gracias por tener la paciencia de leerlos y por mantener la conversación abierta de las personas entre personas.

Conversando con ...

**Una idea comúnmente admitida es que
la reflexión genera dialogo, cuando, de hecho,
es el dialogo el que genera la reflexión**

M. Lipman: *La filosofía en el aula*

Walter Kohan

Mercedes Mónaco y Rodolfo Rezola

Walter Kohan está al otro lado, en el mundo probable de la red que todo lo quiere relacionar y nada toca. Amablemente, ha aceptado mi invitación a reconversar la entrevista que Mercedes Mónaco mantuvo con él hace ya un año. A partir de las preguntas de Mercedes, hemos ido creciendo en la conversación y encontrándonos con la alegría de compartir.

Este filósofo, educador y humanista, nos quiere recordar que si partimos de la convicción de que todos podemos pensar, entonces la comunicación educativa se convierte en un diálogo abierto entre iguales. Sus palabras se oyen como experiencias de una vida reflexionada: nos incitan a cultivar un estilo propio en el arte compartido de hacernos personas, nos hablan de que educar es pensar con otros, y nos recuerdan que esto de filosofar es una actividad un poco infantil, algo que nos sucede juntos cuando jugamos a preguntarnos cuál es el sentido de nuestros pensamientos y nuestras maneras de vivir. La sabiduría de la ignorancia, con la que Walter Kohan nos reclama, propone que vivir es buscarse a uno mismo con los demás.

Durante nuestra conversación cibernética cada vez tengo más la sensación de que Walter es una persona-topos, alguien que sabe cómo situar las palabras en su entorno, alguien que nos ofrece una invitación continua a imaginar otros mundos posibles a partir de nuestra capacidad para atender a los otros, a los interlocutores que nos abren la paleta de colores inagotable para las diversas y variopintas formas de imaginar los vínculos de personas entre personas. Con él, a ratos, me he sentido una persona-tipos, alguien que necesita más interlocutores de vida, alguien que echa en falta la alegría de poder dialogar con quien tira una y otra vez de nosotros para retornar a las experiencias compartidas con palabras que nos tocan.

La sensación que queda en mí después de la intensidad del intercambio epistolar con Walter Kohan... es que es una de esas personas a las que se refería Spinoza cuando nos aconsejaba tener siempre a nuestro lado a quienes impulsan nuestros deseos de vida, una persona que nos mejora con el diálogo y cuya amistad uno desea cultivar.

Estimado Walter, si te parece, vamos a iniciar nuestra conversación proponiéndote un pequeño juego narrativo. Si el Sr. Kohan tuviera que contarse, ¿cómo lo haría? ¿Quién es Walter Omar Kohan en la versión Kohan actualizada a finales del 2011?

— Es difícil hablar de uno mismo y de los trayectos, sobre todo, cuando del otro lado hay un cuerpo virtual. Pero ensayemos algo: soy una persona apasionada que va adonde lo lleven sus pasiones... tiene su gracia, en especial cuando mandan, como casi siempre, las pasiones alegres... el problema es que a veces esas mismas pasiones no se ponen de acuerdo y, por ejemplo, siendo hincha apasionado de Vélez Sarsfield, en el barrio de Liniers, Buenos Aires, Argentina, otra de mis pasiones más intensas, la filosofía, me ha llevado a vivir en Río de Janeiro, Brasil, a muchos kilómetros de distancia del fortín querido. De todos modos, me considero una persona afortunada, privilegiada, al poder hacer lo que hago y de la manera en que lo hago, por tener la oportunidad cada día de ocuparme de pensar lo que pensamos, lo que hacemos en nombre de la filosofía y la educación, sí, es una suerte, un privilegio... Como lo es también el de compartir mi vida con tres hijas que son una maravilla... De modo que me presentaría como alguien afortunado en poder vivir de las pasiones que vive...

¿Puedes comentarnos dónde investigas y con quiénes compartes tu pasión por filosofar?

— Doy clase en la Universidad del Estado de Río de Janeiro. Trabajo en proyectos de

formación de maestras que quieren hacer filosofía con niños, jóvenes o adultos en escuelas públicas de distintos lugares de Brasil y acompaño, un poco más distante, algunos proyectos en otros países de América Latina. En los proyectos en que trabajo lo hago siempre con un colectivo de personas. Me gusta trabajar en escuelas públicas. Me gusta respetar el espacio de un maestro con sus estudiantes. Por eso lo que solemos hacer es ayudar a los maestros y las maestras a que exploren más su práctica a través de la filosofía. Sólo de vez en cuando entro a hacer filosofía con los niños, en general entro para acompañar a los docentes. Lo que hacemos más a menudo es propiciar condiciones para que otras personas puedan encontrar su propio camino en relación con la filosofía, lo más temprano posible. También tenemos un atelier en la universidad que es un espacio abierto a la comunidad externa donde hacemos experiencias de filosofía con gente que no ha ido nunca o no frecuenta una universidad.

Creo que también has trabajado en otros contextos como en el proyecto *Espacios Afirmados* que llevaste adelante en Río de Janeiro.

— Esto es algo que hice hace unos diez años cuando mi Universidad fue la primera en Brasil en establecer cupos específicos para estudiantes negros y de escuelas públicas. El proyecto no tenía que ver específicamente con la práctica de la filosofía sino con ofrecer condiciones para estudiantes que entraban a la universidad y necesitaban una preparación especial. Creamos un programa que buscaba generar un espacio para una inserción más pro-

funda y crítica en la vida universitaria. En ese contexto también trabajé un tiempo en la capacitación de alfabetizadores de jóvenes y adultos. En la Universidad donde trabajo también he desarrollado proyectos de investigación con otras universidades brasileras y extranjeras. Antes de trabajar en Río, lo hice cinco años en Brasilia y allí teníamos un proyecto llamado «Filosofía en la escuela» próximo al que desarrollamos actualmente. Coopero también con el ministerio de la educación en la capacitación de alfabetizadores.

¿A chicos de qué edades enseñas filosofía?

— En los proyectos en que trabajo «enseñamos» a chicos desde el jardín. Pero la expresión «enseñar filosofía» tal vez es un poco equívoca. De hecho la filosofía no se enseña. En todo caso, se aprende. Y lo que hacemos nosotros es propiciar condiciones para que otras personas puedan encontrar su propio camino de aprendizaje en relación con la filosofía, lo más temprano posible.

Para ti, ¿cuál es la relación entre filosofía, educación e infancia?

— Es una relación compleja, rica e interesante porque cada uno de esos términos esconde un mundo: ¿quién puede responder abarcando los infinitos aspectos significativos que conllevan qué es la filosofía, qué es la educación o qué es la infancia? Tomemos por ejemplo la infancia. Enseguida pensamos en niños y niñas pero ellos son sólo una de sus dimensiones. Por lo demás, hay muchos niños sin infancia y muchos infantes que no son niños. La infancia se mide, ¿por los años que se tienen o por la calidad

de la experiencia que se vive? Además de la riqueza de cada una de estas palabras, las relaciones entre ellas son inabarcables: la filosofía en la infancia de la educación, la infancia en la filosofía de la educación, la educación en la infancia de la filosofía... y así podría seguir combinando esas palabras con diferentes preposiciones casi sin límite... En otro sentido, todo ser humano es tocado en alguna medida, aunque de manera diversa, por la filosofía, la educación y la infancia. En fin, una posibilidad entre muchas es pensar el papel y sentido de la filosofía en la educación de la infancia.

¿Para qué crees que le sirve al niño hacer filosofía?

— Para muchas cosas. ¿Para qué sirve la filosofía? ¿Para qué sirve pensar filosóficamente? ¿Para qué sirve pensar en el propio pensamiento? ¿Para qué sirve pensar en por qué pensamos de la manera que pensamos y vivimos de la manera que vivimos? Sócrates decía que una vida sin examen, que no se pregunta por su sentido, no vale la pena de ser vivida.

¿Por qué no? ¿Cuál dirías que es el valor de la actividad filosófica para la vida?

— Pues porque si no nos preguntamos por el sentido de nuestra vida, lo más probable es que vivamos de una manera más uniforme, fija, determinada o afirmando los sentidos que andan por ahí. En cuanto que sí nos lo preguntamos podemos abrir esa vida a otras formas. Creo que el sentido principal de la filosofía es éste: abrir la vida, volverla más rica, compleja... Es algo que le dice Nicias a Sócrates en el *Laques* (188a):

cuando hablamos con Sócrates, la conversación nos llevará a dar razón de la vida que llevamos, a dar cuenta de esa vida. La filosofía es un movimiento que posibilita considerar por qué vivimos como vivimos y pensar en otras formas de vida.

**¿Cómo es una clase de filosofía contigo?
¿Qué haces?**

— Sobre todo se trata de pensar. De hacer preguntas y responderlas sabiendo que muchas de esas preguntas no tienen una respuesta clara y definitiva y que las respuestas que se proponen muchas veces dan lugar a otras preguntas. En una clase de filosofía se trata de practicar la sensibilidad, la atención, de escuchar lo que los otros piensan para pensar junto con ellos. Las actividades son bastante variadas y tienen relación con los estilos de cada maestra. Ayer estuve en la defensa de una tesis de doctorado sobre la dimensión educacional de la capoeira en la Universidad de São Paulo. Los testimonios de los maestros de capoeira son aleccionadores y sería bueno que los escucháramos los que queremos hacer filosofía. Ponen el acento de su trabajo en la atención de los aprendices, en sacarlos de su comodidad, en la soberanía del gusto, en el cuidado por los que aprenden... lo que se transmite en filosofía, como en la capoeira, es una forma de atención...

¿Puedes contarnos algo del *estilo docente Kohan*?

— Entiendo tu pregunta más que un pedido de ejemplo como una interrogación sobre lo que me resulta significativo de

ese estilo. Es un poco difícil porque de esa manera está en juego nada menos que el estilo, algo bastante complejo. A la vez es sumamente interesante. Te diré al menos algo de lo que forma parte de ese estilo, ciertos elementos que me parecen constitutivos. En mis clases nunca tengo algo de contenido a enseñar, nunca me propongo transmitir algo específico; trato siempre de dar a leer textos interesantes; escucho con atención lo que los participantes quieren decir; cuando una intervención me provoca pensamiento trato de devolver ese pensamiento de manera que podamos re-pensar lo que estamos pensando; me preocupo en que estemos atentos, cada uno a su propia manera; trato de provocar el pensamiento de los participantes; manifiesto – trato de hacerlo sutilmente – lo que me entusiasma y lo que no...y se trata, sobre todo, de crear... hay algo muy bonito que decía Simón Rodríguez, el maestro de Bolívar, el Sócrates de América, como fue llamado: inventamos o erramos... Rodríguez también daba énfasis al valor del ensayo en estas tierras... se trata de ensayar y de inventar como criterios epistemológicos, para saber... por lo menos si no ensayamos, si no inventamos, estamos en el error... sólo podemos salir del error inventando... es muy inspirador eso...

Tengo una curiosidad, ¿qué les dices a los niños más pequeños?

— En un sentido no les decimos nada. O sea, no es que vamos a hacer filosofía porque pensamos que sabemos algo importante que ellos no sabrían y vamos a transmitirlo. Mucho menos les decimos cómo tienen que pensar o actuar. No va-

mos a inculcarles «valores» o «teorías». Les proponemos un espacio para pensar juntos por qué pensamos como pensamos y por qué vivimos como vivimos.

En el caso concreto de Brasil, donde trabajas ahora, ¿podemos hacernos una idea de cuántos locos bajitos están habitando espacios para pensar juntos?

— En todo Brasil son muchos chicos, centenas de miles, diría, y hay distintas maneras de hacerlo. Nosotros trabajamos con una cantidad bastante limitada en algunas escuelas públicas en la región de Duque de Caxias, en Río de Janeiro, digamos que con algunas centenas. Pero hay muchas instituciones con proyectos de filosofía, son decenas de miles de chicos y adultos participando en todo Brasil.

¿Se les enseña lo que dijeron los grandes filósofos?

— No, no se les transmiten las teorías filosóficas de la tradición. Desde luego no es algo que se les enseñe propiamente como una disciplina tal y como se hace con los estudiantes de una Facultad de Filosofía en la Universidad. Se les ofrece un espacio para pensar, para que puedan hacer algo así como lo que hacen los filósofos, con toda la dificultad que tiene precisar esto último. Se trata de que hagan lo que hacen los grandes y los pequeños filósofos: filosofar.

¿Dirías que cualquier técnica de comunicación usada en clase es igual de deseable para aprender a filosofar?

— No, no diría eso. Diría que una técnica se mide por lo que provoca. Y las técnicas de comunicación pueden provocar resultados semejantes pero después de recorrer caminos muy diferentes. Una misma técnica puede generar cosas muy distintas. De todos modos, no es lo mismo cualquier técnica, ni cualquier relación con la técnica, porque no se trata de un medio para un fin que sería el aprender a filosofar. Aprender a filosofar es camino y fin a la vez. Se aprende a filosofar filosofando y yo deseo que las «técnicas» que se usan para ellos sean lo más coherentes posible con el propio filosofar. O, en todo caso, que tengamos una relación filosófica – ¡y no técnica!- con las técnicas que trabajamos.

¿Qué ventajas y qué inconvenientes destacarías en el intento que educadores como tú hacen de transformar las aulas en comunidades de investigadores?

— Los inconvenientes, son tantos, que no alcanzarían las páginas de la revista, si entramos en detalles (risas). Para sintetizar, diría que hay una tensión principal, que Jacques Derrida sintetiza muy bien en un texto que se llama *Antinomias de la disciplina filosófica* (publicado en *Du Droit à la Philosophie*, Paris, Galilée, 1990) y que tiene que ver con la condición antinómica de la filosofía con la institución. Ella precisa ser institucionalizada para existir en nuestro contexto de trabajo y, a la vez, no puede ser institucionalizada sin perder la libertad de pensamiento sin condiciones. Esta antinomia se despliega en otras, por ejemplo, estamos enseñando algo que no es enseñable. En fin, hacer esto en la condición de la escuela contemporánea

El mundo de Chema

Chema Sánchez

Héctor Sánchez Navarro

Rodolfo Rezola

radiofonista99@hotmail.com

Auto-bio-logía

Nació un servidor en las tierras fronterizas que dividen el reino de España y de Portugal, en los extremos del Duero, en esa tierra de nadie donde los contrabandistas de café y de tabaco campaban a sus anchas; recuerdo cómo, siendo niño, aquellos seres de frontera llegaban con sus caballos blancos al pueblo y, casa por casa, repartían aquel café de sabor profundo, de aroma total... No demasiado mayor, con apenas diez añitos, traspasé otra frontera, la del pueblo para entrar en el convento y aprender que existen lugares lejanos donde también existen Seres Superiores que conviven con nuestra fragilidad humana... Dioses, hombres, caballeros y niños que imaginan ser superhéroes configuraron una infancia desarraigada de la tierra para aterrizar en el cielo, desarraigada del centro para vivir en las fronteras... Cuando fui mayor y no supe a qué dedicarme, los seres fronterizos tenemos estas cosas, me adentré en el terreno resbaladizo de la Milicia; durante algunos años fui oficial del Ejército tratando de orientarme con brújulas, trincheras y batallas imaginarias en las que aquel niño soñador de la frontera veía con sus ojos por primera vez un arma que no estaba hecha con el palo de una

encina... Quiso el dichoso azar que me topase con algún filósofo por el camino y, al igual que Descartes o Wittgenstein (disculpen la comparación) meditaban entre el ruido de los proyectiles, el soldado Chema comenzó a leer a Nietzsche o a Schopenhauer olvidando las funciones para las que había sido destinado... La inquietante Lechuza de Minerva hizo mella en el misterio del mundo y me devolvió de nuevo al territorio del que nunca debí salir: la frontera, la ausencia de raíces, las preguntas acerca de lo que las cosas son, la incertidumbre de la pérdida y del perdido, el no ser y el no saber nunca demasiado sobre nada porque es una de las maneras de estar abierto al Todo... Dejé, pues, al Sacerdote y al Militar para internarme por el bello camino del Educador, del conductor, del explorador, del indagador... dándome cuenta, por primera vez, de que aquel niño perdido en la Frontera era el actual profesor de Filosofía interesado por seguir escribiendo y pensando desde los límites de las disciplinas, de los límites de la realidad, desde los límites de la ficción. Las obras que he escrito y seguiré escribiendo abundan en este terreno; mis obras de «filosofía-ficción» como

El Radiofonista Pirado que desenterraba filósofos para explicarse el mundo (Edit. Anaya) o *Las aventuras filosóficas de Toni Tonel* (Edit. Aljibe) son parte de un proyecto narrativo donde trato de mezclar lo literario y lo filosófico. Mi pertenencia activa al movimiento pedagógico de FpN es otra forma de seguir perseverando en esa forma contumaz de estar en el mundo no demasiado centrada; la infancia como territorio y la filosofía como método son ya en sí mismas el mayor de los mestizajes; algunas de mis obras que exploran este territorio son *¿Cómo educar en valores a los peques?* (Edit. Octaedro) y *Siento luego existo* (Edit. CCS). Mis actuales intereses siguen incidiendo en esos mundos-límites, en este caso, mi libro-experiencia más novedoso es la plasmación de un taller de Pensamiento para personas que han sido excluidas de la racionalidad dominante; el título de la obra me parece ya significativo: *Pensamiento Libre para personas con discapacidad intelectual* (Edit. Pirámide). Mientras tanto, cada cierto tiempo, acudo a un lugar mágico, un lugar que es a la vez un *utopos*, un lugar que existe y que a la vez no existe; después de ejercer mi labor como voluntario en Ecuador, antes de venir a España, coloqué, una vez, mis pies al lado de un línea imaginaria denominada *La Mitad del Mundo*. Allí, en ese espacio sin tierra, corroboré una forma de mirar la realidad que todavía, para bien o para mal, no he perdido.

A la primera¹

¿Con qué sabor te has levantado esta mañana?

Con el sabor del zumo de las naranjas que cultivo en mi huerto volteriano.

¿Dinos algo que te haya dicho un niño sobre tus libros para ellos?

Mi hijo ante mi pregunta «¿qué es la filosofía?», con cuatro añitos, me dijo: «es lo que hacemos tú y yo papá, con-ver-sar».

¿Cómo es ese lugar de retiro en comunidad que estás imaginando?

Un «monasterio laico» donde poder vivir una vejez-madurez acompañado de gente que ama las palabras, el dialogo y la reflexión pausada, un espacio autárquico y libertario con una gran biblioteca circular en el centro.

¿Un cuadro, un poema, una película, un libro, un viaje, un...?

Un cuadro, El Jardín de las Delicias de El Bosco; un poema, El cántico espiritual de San Juan de la Cruz; un libro, La Biblia; un viaje, amaneciendo en Benarés con un intenso olor a rosas e incienso, mirando desde un ghat al Ganges...

Lo que más y lo que menos te gusta de Chema.

Conversar con mis amigos los patafísicos. Lo que menos, corregir exámenes y colocarles números a las personas.

¿Un proyecto entre manos?

Un «panfleto subnormal para académicos»...

1 El cuestionario ha sido redactado por la dirección de la revista a partir de la lluvia de preguntas de las personas que dieron vida a las hermosas vivencias compartidas en el encuentro entre los entornos de FpN de Madrid, Murcia, Sevilla y Valencia, celebrado, con alegría y con la inteligencia de los corazones, el 19-11-2011 en la Facultad de Filosofía y en el Museo de las Ciencias de Valencia

¿Qué te da miedo?

El dolor de los que me duelen.

¿Qué le dirías ahora a la estatua de Averroes...?

Ya se lo he dicho muchas veces, cuando he pasado por Córdoba, en Encuentros de FpN y otros menesteres: escrita está mi alma en vuestro gesto... Dejo para los curiosos saber cuál es el gesto del filósofo.

Un verso para tu hijo.

Mi hijo se acuesta todas las noches, desde los seis meses, oyendo mi voz o la de su madre a través de los versos nada ripiosos de los poetas más universales como Machado, Lorca, Miguel Hernández, Neruda o León Felipe... Denomino a esto el «amamantamiento poético del ser». Ahí va un verso universal: «Anoche cuando dormía, soñé ¡bendita ilusión! que una fontana fluía dentro de mi corazón».

¿Averiguan el poeta?

¿Cómo se te ocurrió trabajar talleres de pensamiento libre para personas con «discapacidad intelectual»?

Como digo en el «auto-bio-logía», soy un ser bifronte y fronterizo, me gustan los retos educativos que rayan los límites de la racionalidad.

Si fuera un aroma, ¿cuál sería Lola?

El aroma del tomillo porque ella es la infusión que me tomo cuando necesito posarme un poco más en el mundo real.

¿Qué educador/a te hizo más feliz y por qué?

Soy un re-lector contumaz del gran Paolo Freire. Su forma de hacer y de decir lo convierten en un «activista reflexivo»; por tanto, no es ni un pedagogo de salón ni un activista de consignas preestablecidas.

¿Cuáles son tus manías de escritor...? ¿Y tus obsesiones?

Me gusta denominarme «filógrafo» porque amo la palabra escrita y, desde mi humildad como amanuense de esas palabras, me siento feliz y realizado cuando escribo sobre unas servilletas de papel de un bar mientras el tiempo desaparece a mi alrededor... El destino de esas cuartillas son unos libros-maleta que no tengo ningún deseo de publicar... Sé que no he contestado la pregunta pero para eso están las preguntas, para zafarse de ellas...

¿Por qué *radiofonista pirado*?

De nuevo la cuestión de los límites de la racionalidad; «pirado» denota locura y la locura como ausencia de obra, como inacabamiento de la existencia... En esa obra, ninguno de los personajes está en sus cabales... ¡Qué bella expresión! Nunca supe por qué, de chico, mis maestros llamaban «cabal» a la cartera de piel que llevaba...

¿Cómo sería el programa de radio que Chema haría ahora?

Un silencio que retumbase por toda la ciudad.

¿Qué te hace sonreír?

Los chascarrillos de los viejos de antes...

¿Para qué tanta pasión como educador y comunicador?

Algún tornillo habré perdido para que, después de 20 años trabajando, siga, parece un tópico, yendo (casi, no nos pasemos...) todos los días a trabajar con ilusión.

¿Tu revolución?

El Movimiento de Liberación Intelectual en el que, modestamente, creo estar participando junto a personas y profesionales de la discapacidad de medio mundo.

¿Qué te gusta cocinar?

Has dado en mi punto flaco; esperaba que «vuesa merced» no me hiciese esta pregunta; desastre total en la cocina; a lo único que llego es a hacer pan con mi hijo... y no sale bien.

¿Coche, transporte público o bicicleta?

Coche y bicicleta.

¿Un sueño cumplido y otro por soñar?

Tener la familia que tengo, mi mujer y mi hijo. Otro: ser arquitecto y construir el antes referido «monasterio laico».

¿Qué hubieras querido decirle a tu madre?

Ufff..., la preguntita se las trae... Dejémoslo para una conversación a la luz de un candil.

¿Tus momentos preferidos para la inspiración creativa?

El olor a café, el olor a madera y el caos del entorno.

¿Qué hace un cementerio en un parque central?

Un nuevo concepto de campo santo donde la muerte y la vida se dan la mano, donde los seres queridos no se apartan de nuestra mirada, una meditatio mortis moderna...

¿Qué haces si te queda un día de vida?

Quizá silbar, quizá cocinar, quizá abrir una zanja y meter la cabeza dentro para no mirar...

¿Músicas en las que siempre nos aguardarás?

Los mantras que salen de la voz humana...

¿Cuándo conviene no juzgar y cuándo es imprescindible?

Conviene no juzgar las debilidades humanas, conviene juzgar las injusticias flagrantes.

¿Un ámbito de personas para filosofar?

Un río fluyendo y personas filosofando de orilla a orilla.

¿Una persona admirable?

El Maestro Jesús de Nazaret.

¿Qué harás cuando seas mayor?

Cuidar algunas ovejas mientras converso con amigos en ese «monasterio laico» al que antes me he referido...

¿Un pensador para volver, volver..., volver?

Nietzsche.

¿Para qué pensar con otros?

Para saber amar mejor.

¿Cuál es el valor de la memoria?

Su valor surge de una debilidad humana, nuestra impotencia para olvidar aquellas cosas que nos jibarizan como seres humanos...

¿Bailas cuando estás solo?

No, pero, al decir de los colegas, soy un gran bailarín, mi última gesta, en mi instituto, un playback de Bosé.

Un día con tu padre.

Paseando por el campo extremeño u ordeñando a las vacas...

¿Qué salvarías de este mundo tan nuestro y que eliminarías?

Salvaría el deseo de las personas no sólo por existir sino por consistir, eliminaría la contumacia del poder para ignorar ese deseo de reconocimiento.

¿Un deseo, quizás irrealizable?

Serenidad para aceptar lo imposible, valor para cambiar lo que puede ser transformado y sabiduría para diferenciar lo uno de lo otro.

Unas palabras, tus palabras...

Gracias.

Palabras de amor

Mi papa se llama Héctor, él me quiere mucho. Juntos hacemos las tareas del cole, me dice que para ser algo en la vida tienes que

saber mucho de muchas cosas.

Jugamos juntos y me hace reír, me

enseña a construir castillos y salimos

al monte con bici. Siempre estamos

buscando animales y yo le pregunto

cómo se planan, me gusta hablar

con él, me lo paso súper divertido.

Para mí es el mejor PAPA del MUNDO



